

SOBRE LA RELIGION

Javier Alonso Rodríguez

Javier Alonso Pérez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-16564-50-7

© 2020 Paradimage Soluciones

PRÓLOGO

Nos hemos puesto a escribir un ensayo sobre religión para poder contar, en especial a nuestros hijos y nietos, por qué pensamos que es importante y por qué merece la pena ser católico, a pesar de que muchas personas a nuestro alrededor sostengan que la religión católica está obsoleta y ha perdido su conexión con la realidad del mundo. Este es un libro para católicos de este siglo, que viven en un mundo donde impera un profundo desinterés hacia la religión. Hemos intentado enseñarles lo que sabemos, pero hay algunas ideas que quizás nunca encontramos el momento de comentar y que esperamos les sirvan para algo.

Además de las personas sin interés, están también los enemigos de la fe. Afirman que los cristianos somos ingenuos, que nos creemos cualquier cosa, o que somos intransigentes, excluyentes y perjudiciales para la sociedad. En realidad, estas actitudes son lo contrario del cristianismo, pero muchas de estas personas hablan desde una experiencia personal negativa en su trato con la religión o con los cristianos, y eso merece un respeto y un poquito de autocrítica.

Lo que nos gustaría hacer en el resto de este texto es exponer en qué cosas creemos que la religión católica ha contribuido y contribuye a la sociedad y a la felicidad de los hombres, y por qué tendría que continuar siendo guía para muchas personas. También aclarar algunos puntos que siempre nos parecieron más difíciles de entender de la fe. Ahí es nada.

TABLA DE CONTENIDO

1. IGLESIA Y SOCIEDAD	7
La iglesia y la espada	7
La Edad Media	7
La Inquisición	8
El fin de los papas guerreros	9
Los papas del siglo XX y la doctrina social de la Iglesia	11
Los valores políticos de la Iglesia	13
La propiedad privada	16
Iglesia y ciencia	17
Investigación y ética	20
2. EL MENSAJE	22
Los dogmas	23
Los milagros: la importancia de la fe	23
La resurrección del hijo de la viuda de Naif	25
Las bodas de Caná	26
La justicia y el reino de Dios (en parábolas)	26
Los obreros de la viña	27
El Hijo pródigo	29
El administrador deshonesto	30
El Salmo 22	30
Pecado y perdón	31
Libertad, mérito y culpa	31
Qué es pecado	32
El perdón	34
Educar y juzgar	37
La familia	39
El matrimonio católico	39

El matrimonio gay	41
El aborto	42
La virgen Maria	44
La virginidad de Maria.....	44
3. La relación con Dios. La oración	47
Anexo: en el tintero	48
Sobre la confesión	48
Sobre la Iglesia como empresa.....	50
Las comunidades cristianas y la propiedad privada	51

1. IGLESIA Y SOCIEDAD

LA IGLESIA Y LA ESPADA

Me gustaría empezar hablando de la relación de la iglesia, como institución, con el poder político a lo largo de la historia, al hilo de esa afirmación generalizada de que la Iglesia no debe interferir en la política.

La Edad Media

La iglesia católica, hasta hoy, está configurada como un Estado. Su historia, en el periodo medieval es, cuando menos, incómoda vista con los ojos de hoy día. En la Edad Media los papas tienen y comandan ejércitos, instauran impuestos y se ven envueltos en luchas de poder.

En la Edad Media, la Iglesia sufre de dos formas en su relación con el poder político. Por una parte, se producen guerras por controlar Roma, lo que lleva a que los papas actúen como reyes o príncipes, formando ejércitos cristianos que defiendan la independencia, siquiera territorial, de la Iglesia. El segundo ataque es menos visible pero igual de importante: los reyes que ayudan al Papa hacen valer esta ayuda instalándose en los centros de poder de la Iglesia. Es normal que el primogénito de los reyes herede el trono y para el segundo se negocie su nombramiento como obispo, cardenal o prior de algún convento boyante. Esto hace que los Papas y la Curia en general tenga una imagen ante el pueblo de gente que sólo busca enriquecerse.

La Inquisición

No se puede prescindir de alguna explicación sobre la Inquisición. Durante la Edad Media, la iglesia quiere implantar una doctrina moral que no siempre es entendida como ellos quieren. Piden a los Reyes su implantación, pero éstos, en un primer momento, rechazan la idea. Entonces los curas se rebelan, calientan al pueblo y les incitan a, por ejemplo, atacar a los judíos que son propietarios de grandes riquezas que se podrían repartir, y a expulsar o eliminar tanto a los infieles como a los cristianos más “tibios”. La salida a esta tensión es la constitución de los tribunales eclesiásticos que velan por la pureza de la fe, es decir, la Inquisición.

Los distintos países fueron autorizando uno a uno la implantación de la Inquisición, Aragón y Castilla fueron de los últimos en recibir dicha autorización. La Inquisición funcionó en toda Europa, en contra de la creencia de que los españoles fuimos los únicos que matábamos gente.

El tribunal de la Inquisición estaba sometido al rey, que tenía el derecho de indultar y que también administraba justicia en sus propios tribunales. La relación entre la justicia eclesiástica y el poder político varía entre reinos y no se puede generalizar quién mandaba sobre quién.

Hoy día el mundo árabe sufre un proceso similar. Los países árabes tienen riqueza suficiente como para contarse entre los países más adelantados, pero no es así, porque sufren de una desigualdad social

enorme¹. Después de la Segunda Guerra mundial se inician las emigraciones a Estados Unidos, Rusia y Europa. Buscan mejorar su calidad de vida, pero no quieren renunciar a sus principios morales. Y no les gusta lo que ven: abrirse camino cuesta mucho y tampoco les gusta la evolución de la sociedad en la que han pasado a vivir, porque a su juicio el liberalismo imparale, el modo de vida occidental y el colonialismo ideológico de las superpotencias, destroza sus esquemas morales. Están muy a disgusto.

En ese caldo de cultivo empieza a haber grupos que, dirigidos por un religioso, les incita a vivir según sus raíces y leyes. Se crean partidos que propugnan la lucha hasta la implantación de las leyes del Islam. Estos partidos tienen éxito porque devuelven a la sociedad su forma de vida y sus raíces en general.

El resultado es la revolución iraní, que sirvió de ejemplo para que se transformaran otros países del mundo a un régimen donde se siguen las leyes islámicas a rajatabla, en una lucha que hoy día continúa.

El fin de los papas guerreros

La relación entre Iglesia y Estado descrita más arriba perdura hasta la Revolución Francesa (es significativo que sea Napoleón el primer “monarca” que se corona a sí mismo) y las transformaciones que sufre Europa hasta la unificación de Italia y el estatus definitivo del Vaticano. El siglo XIX vive una verdadera revolución ideológica que busca acabar

¹ Esto es propio de los países que viven de vender materias primas, porque estos recursos pertenecen a pocas personas que no precisan de mano de obra cualificada para explotarlos, o que buscan ésta en corporaciones extranjeras. En estas poblaciones desiguales, además, no se desarrollan otras industrias porque la población no tiene cómo hacerlo, lo que mantiene, cuando no acrecienta, la desigualdad.

con el antiguo régimen, de la mano del constitucionalismo y las desamortizaciones y, fruto de todo ello, la época de los Papas guerreros llega a su fin.

¿Cómo evaluaríamos esa época? Maquiavelo, en “El príncipe” defiende la tesis de que los profetas que triunfan son los que tienen la espada de su lado. Y si miramos a Moisés o a Mani, que representarían ambos extremos, podríamos concluir que tiene razón. En la Italia de los principados que duró hasta el siglo XIX, el Papa cuidó de defender el Estado del Vaticano como lo habría hecho cualquier príncipe, y quizás fuera eso lo que permitió que hoy día tengamos una iglesia independiente del poder político.

Porque en contra de la creencia de que la Iglesia intenta controlar el poder político, cuando ha habido un conflicto abierto entre cualquier iglesia y la política ha sido siempre el poder político quien ha eliminado a la iglesia. Ocurrió así en la Inglaterra de Enrique VIII, que fundó su propia religión y la sometió a la corona. Y también en los primeros tiempos del islam, cuando los sultanes (la autoridad civil) pasaron a cuchillo a los califas (la autoridad religiosa) y se arrogaron el título de califa, lo que además de eliminar a un rival les daba mayor legitimidad sobre sus súbditos. Hoy día sigue pasando en países como China, donde existe una réplica de la iglesia católica controlada por el estado, o en Venezuela, donde Hugo Chávez intentó (sin éxito) la misma maniobra de los chinos².

² Ver “Cristianos y Leones”, de Fernando de Haro

Los papas del siglo XX y la doctrina social de la Iglesia

La esencia de la iglesia no es única ni principalmente el Vaticano, sino la conservación del Mensaje de Cristo en su pureza original. En paralelo con aquella Iglesia oficial que se preocupa del poder, nacen personas que predicán el mensaje de Jesús. Desde S. Agustín a la Madre Teresa de Calcuta pasando por S. Francisco de Asís siempre ha habido personas que han predicado el Evangelio en la clave del Sermón de la Montaña. Y otras que dieron su vida para crear comunidades de creyentes fieles a la palabra de Dios, como Sta. Teresa de Jesús o S. Ignacio de Loyola.

Como hemos dicho, tras la unificación de Italia el papa puede por fin colgar la espada, y eso le permite dedicarse a su pueblo y adaptar la Palabra de Dios, a fin de que, sin perder la pureza genuina del mensaje, encaje en la sociedad moderna. La historia de los papas del último siglo y medio es la historia de la intervención del Espíritu Santo para reordenar la Iglesia.

El proceso se inicia con la elección de León XIII (hablaremos de él más veces), que rellenó el hueco vacío de lo que debe ser la Doctrina Social de la Iglesia. Durante su época, de su pluma y de la de muchas otras personas, se reúne un volumen importante de documentación que debe ser leída, clasificada y discutida para pasar a formar parte de la doctrina.

Y aquí viene a ayudar el Espíritu Santo y se nombra Papa a Pio XII, un hombre estudioso, estricto y ordenado que dedicó su mandato a poner orden en toda esa información. Ahora había que estudiarla y discutirla, lo que tradicionalmente se hacía en la Iglesia convocando

un Concilio³. Pero ¿quién sería capaz de acometer esta tarea? Pio XII no tenía la capacidad ni la valentía de ordenar estos debates de forma eficiente.

Otra vez el Espíritu Santo propicia la elección de Juan XXIII, la antítesis de Pio XII. Un hombre simpático, alegre, próximo a mezclarse con el pueblo, con una idea clara de que el Papa tenía que salir del Vaticano y dedicarse a su función principal, esto es, a predicar el Evangelio. Dotado de una fe inquebrantable, heredó toda la información y el trabajo de Pio XII, pero también heredó una Iglesia marcada por las divisiones, las luchas internas y las externas. Hacía falta un Concilio pero, ¿cómo se hacía esto? Tendría que haber un coordinador capaz de aunar ideas, pero también de denunciar aquellas cosas que se hubieran desviado. Autoridad y conciliación.

El gran carisma de Juan XXIII permitió organizar el Concilio Vaticano II, crear los grupos de trabajo, etc. Y en medio de tal proyecto, el Espíritu Santo volvió a intervenir, llevándose a Juan XXIII y trayendo un nuevo Papa, Pablo VI.

Pablo VI reunía todas las cualidades de flexibilidad y autoridad para llevar el Concilio a buen puerto. Y así lo hizo. La Iglesia tras el Concilio estaba contenta pero muy gastada y, a poco de cerrarse el Concilio, empezaron otra vez los grupos disidentes a crear tristeza.

El sustituto de Pablo VI que nos trajo el Espíritu Santo fue Juan Pablo I, quien, con su bondad demostrada y su fe profunda, fue como una ráfaga de aire frío en el desierto. Llenó la Iglesia de esperanza y alegría

³ Un Concilio es un hecho extraordinario en la historia de la Iglesia. El anterior, el Concilio Vaticano I fue en 1869-70 y el anterior fue ya el Concilio de Trento, en 1545-63.

y terminó con las oposiciones más relevantes al Concilio. Todo ello en nueve meses. Juan Pablo I murió dejando preparado el terreno a un hombre excepcional como Juan Pablo II, que recorrió el mundo predicando un mensaje renovado.

A Juan Pablo II le sucedió Benedicto XVI y a éste el papa Francisco, un hombre fuerte que ha acometido algunas reformas internas que la Iglesia necesitaba: puso orden en las finanzas vaticanas y se posicionó claramente contra la impunidad de los abusos sexuales a menores, destituyendo a quien hizo falta. También se pronunció sobre temas de actualidad como el cambio climático y nos está invitando a todos a volver a predicar en la calle. La expresión que usa el Papa Francisco es la de una Iglesia “en salida”, una Iglesia a la búsqueda de los pobres y de los desheredados, que propague el mensaje cristiano.

La iglesia que inicia el siglo XXI tiene una doctrina social y un mensaje actualizado, está reformada y libre de luchas políticas, ¿será capaz de liderar la transformación del mundo?

LOS VALORES POLÍTICOS DE LA IGLESIA

Parte de ese mensaje actualizado se refiere, necesariamente, a los valores políticos de la Iglesia. La religión católica parece ausente de la política actual, a diferencia del islam o el budismo en sus áreas de influencia. Sin embargo, contiene una serie de ideas y de principios que han permeado la sociedad occidental y modelado sus valores y sistemas políticos. Algunas de ellas vienen de la tradición judía y otras son originalmente católicas. Son tan comunes, que no las percibimos

como ideas religiosas, aunque en origen lo son y, lo más sorprendente, no son compartidas por otras religiones ni en otras sociedades.

La ley del tali3n, por ejemplo, es juda, anterior a Cristo y est3 profundamente imbuida en nuestra sociedad. El "ojo por ojo y diente por diente" es una ley pr3ctica y f3cil de entender: prescribe que la pena por privar a alguien de un ojo sea perder uno de los propios ojos, que la pena por robar una cantidad de dinero sea pagar esa misma cantidad (adem3s de restituir lo robado, se entiende), etc.

En los evangelios Jes3s pide a sus seguidores ser m3s misericordiosos de lo que prescribe esa ley, invit3ndoles a "poner la otra mejilla" ante las afrentas, lo que ha llevado tradicionalmente a que muchos cristianos consideren que la ley del tali3n es perversa y la asocien con la venganza. Es un error. Una lectura positiva de la ley del tali3n es, precisamente, que pone l3mites a la venganza: si alguien me quita un ojo, no puedo dejarlo ciego, que es lo que de verdad me gustar3a hacer. Ese principio era novedoso en su tiempo. En la antig3edad era habitual imponer penas diferentes para los delitos seg3n contra qui3n se cometiesen (nobles o esclavos), o que la pena no estuviera relacionada con la gravedad del delito. Y sigue pasando hoy d3a, por ejemplo, en las sociedades en las que se sigue practicando la prescripci3n de la Shar3a de castigar a los ladrones priv3ndoles de una mano, o en nuestra civilizaci3n occidental cuando la indemnizaci3n a la v3ctima de un accidente se calcula en funci3n de la renta del perjudicado⁴.

⁴ Esto se hace por tener en cuenta el perjuicio causado. No es lo mismo que yo pierda una mano a que lo haga un pianista, que vive de ellas. Estos compromisos entre culpa y castigo vienen de las limitaciones que tiene la justicia humana, que s3lo puede atender al fuero externo, es decir, lo que

En las sociedades occidentales se acepta la ley del tali3n y se admite, por ejemplo, que la pena capital s3lo pueda ser aplicada a delitos de asesinato. E incluso se va m3s all3 y se prohíbe la pena capital, haciendo que la pena por asesinato sea “s3lo” una prolongada privaci3n de la libertad. No llega a ser el “poner la otra mejilla”, pero es un comienzo.

Otra idea judeocristiana revolucionaria es la igualdad de todos los hombres, que deriva del hecho de que somos hijos de Dios y hermanos entre nosotros. Este principio est3 en los sistemas pol3ticos hijos de la revoluci3n francesa y detr3s de la igualdad de derechos de hombres y mujeres. Parece mentira que llevase siglos (en Europa, hasta bien entrado el siglo XX) reconocer a las mujeres los mismos derechos civiles y pol3ticos que a los hombres: el derecho a la propiedad privada o el sufragio universal. Estos derechos representan un estado muy anterior a la igualdad verdadera entre hombres y mujeres, y aun as3 tenemos que ser conscientes de que no son universales, que en otras sociedades la mujer no tiene derecho a la propiedad privada y que ella misma se considera propiedad de su padre o de su marido. O que existan las castas, que niegan de ra3z la igualdad de los hombres. Queda mucho por andar.

Originalmente cristiana es la preocupaci3n por los pobres, que enlaza con las bienaventuranzas del Serm3n de la Monta3a, con las que Mateo abre la narraci3n de la vida p3blica de Jes3s y nos plantea, ya desde el inicio, la preferencia de Dios por los pobres y los que sufren. Hoy d3a asumimos, al menos en Europa, que el Estado tiene que

hago, y no al fuero interno, mis intenciones. Esta limitaci3n llega a ser dram3tica en temas tan sensibles como, por ejemplo, la eutanasia.

ocuparse de la erradicación del hambre y de la salud y bienestar de los pobres, y vemos con alegría cómo el voluntariado de las ONG ya no es monopolio de la iglesia misionera, pero esto no fue así durante siglos.

Y junto a estas ideas hay otras en las que la iglesia no ha participado como, por ejemplo, la voluntad popular como fuente de legitimidad del poder. En los evangelios no se habla más que de monarquías (el único sistema político de la época) y son las monarquías las que la Iglesia se ocupó siempre de gestionar. Desde la edad antigua se consideraba que los monarcas lo eran por derecho divino. En la Europa medieval, donde la iglesia católica queda como la única entidad supranacional, la iglesia se aseguró de que fuera el Papa quien coronase a los reyes. Que la Iglesia coronase a los reyes tenía el problema de que los legitimaba para disponer del pueblo a voluntad, pues no le debían su autoridad, y al mismo tiempo la vertiente positiva de recordarles el sometimiento a la ley de Dios. Cuando en el siglo XVIII se expanden por Europa las monarquías absolutas, en las que el monarca se consideraba por encima de la ley (sin necesitar para eso que se le considere un Dios, como ocurría en la antigüedad), la iglesia instaura la fiesta de Cristo Rey, con la que se cierra el ciclo litúrgico, allá por noviembre, justo antes de comenzar el Adviento. El objeto de la fiesta no es otro que recordar a los reyes que sólo Dios es rey y que, aunque pudieran estar por encima de las leyes humanas, seguían sometidos a la ley de Dios. Luego llegó la revolución constitucionalista y puso en su sitio a los reyes...

La propiedad privada

Una idea que el siglo XX cuestionó duramente, con ocasión del comunismo, fue la propiedad privada. La Iglesia reconoce la propiedad privada que, en principio, es la defensa de los débiles. Reconocer que